

UN CAMINO A LA ORDENACIÓN

Como se mencionó en el boletín VISIÓN de la primavera del año pasado, trasladamos nuestra escuela dominical, las conversaciones de juventud THRIVE y las enseñanzas y celebraciones de confirmación a temporadas. Otra función importante de nuestra iglesia en los EE. UU. seguirá este ejemplo: las ordenaciones con un nuevo proceso y preparación para los futuros ministros.

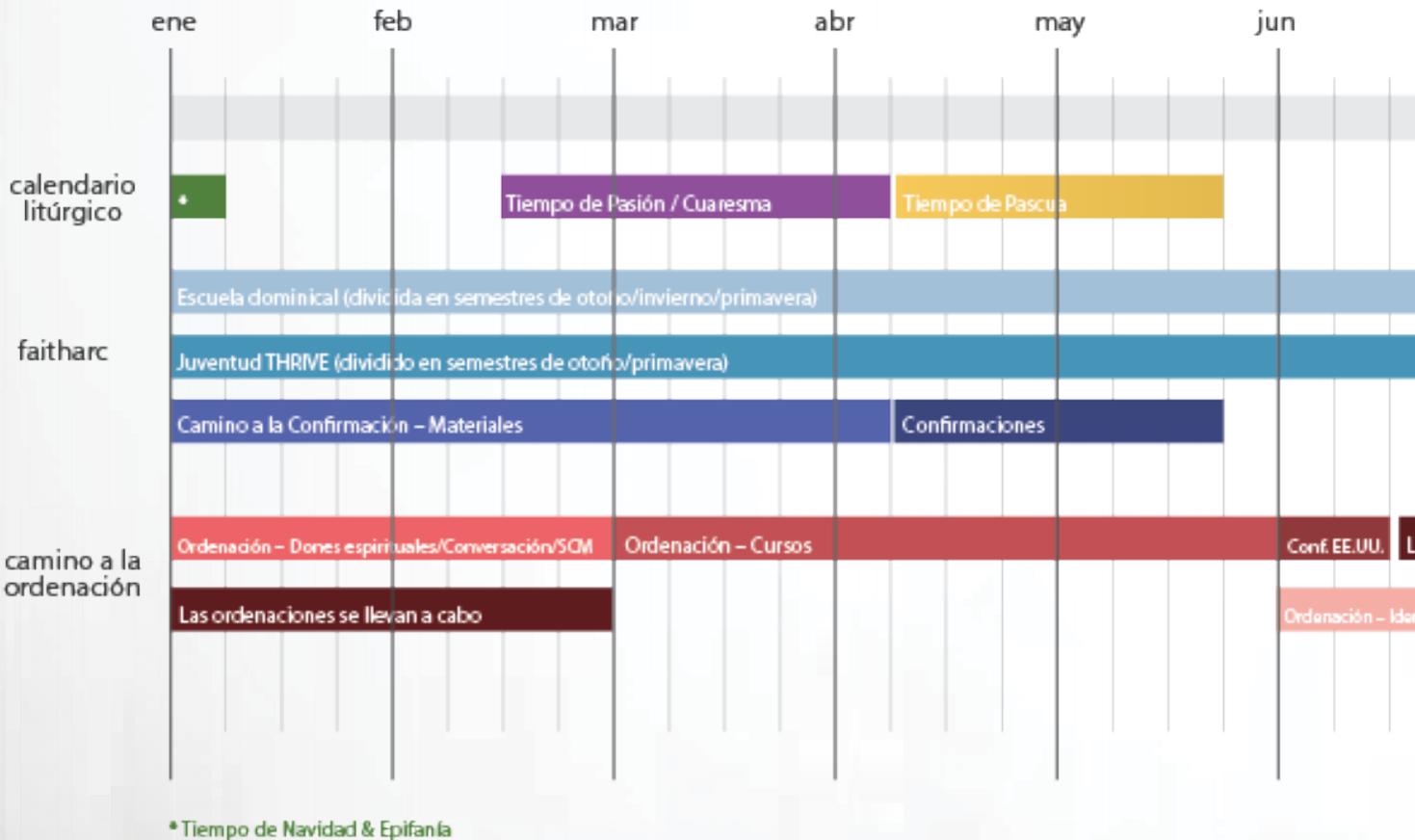
La Iglesia Nueva Apostólica se ha entendido a sí misma como una iglesia de ministerio desde sus comienzos. Es nuestra creencia que Jesucristo mismo estableció el ministerio en Su iglesia como se muestra en Efesios 4:11-12:

Y Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo...

Así, la iglesia está dirigida por Jesucristo que envió el apostolado a anunciar el Evangelio y a dispensar los sacramentos. Todos los demás ministerios surgen del ministerio de Apóstol. Al respecto, el quinto artículo de fe dice:

Yo creo que los escogidos por Dios para un ministerio son instituidos únicamente por Apóstoles, y que el poder, la bendición y la santificación para su servir provienen del ministerio de Apóstol.

La ordenación no es un sacramento sino un acto de bendición; ser designado para el ministerio no se basa en la voluntad humana sino en la voluntad divina. Por lo tanto, la persona que se ordena ha sido designada o llamada al ministerio por Dios, y la ordenación es la investidura de un ministerio espiritual. En este acto santo y humilde, el ministro que se ordena hace voto ante Dios, el Apóstol y la congregación de permanecer



fiel a Dios, de seguir a Cristo en el servir y de prometer obediencia de fe.

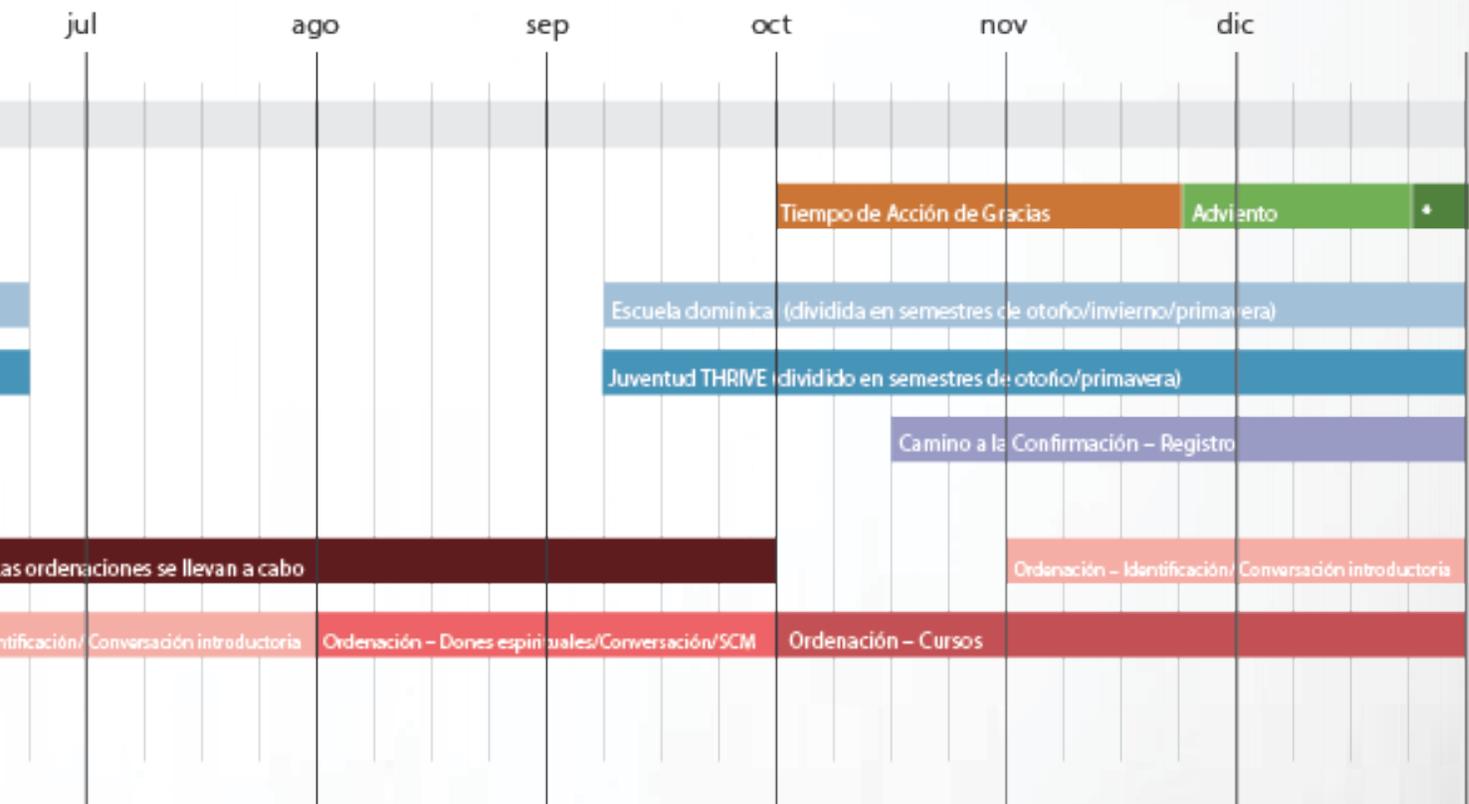
Debido a la importancia del ministerio ordenado y al énfasis adicional debido a la interpretación del ministerio de la iglesia internacional, se ha establecido el siguiente proceso para las ordenaciones. Hoy, al adoptar un proceso consistente y confiable para los ministros potenciales, podemos crear una claridad de expectativas y transparencia del procedimiento. Además, un enfoque más estructurado de la ordenación, incluida la capacitación adecuada y la examinación de los requisitos previos, contribuirá a la confianza en nuestros ministros y en la iglesia.

Esto significa que, excepto en casos excepcionales, nuestra iglesia estará preparando miembros que se sientan llamados al ministerio simultáneamente durante una temporada específica. En preparación para la ordenación, los candidatos descubrirán sus dones

espirituales, completarán cursos específicos relevantes para su ministerio y participarán en conversaciones con su rector, rector de distrito y apóstol para comprender mejor las expectativas de su ministerio y construir relaciones de cuidado y apoyo con aquellos con quienes servirán.

Si bien esto simplifica algunas de las funciones administrativas, también genera cierta comunión con quienes se preparan para la ordenación, que concluye en una Conferencia Nacional de Nuevos Ministros que se realizará anualmente en junio.

Esto además lleva a temporadas específicas cuando aquellos preparados serán ordenados en sus ministerios. Es nuestro propósito que este proceso proporcione la información y la enseñanza necesarias para equipar mejor a los nuevos siervos para edificar el cuerpo de Cristo. - **LRK/KAH**



Comunión con y en Cristo



Aunque en el Servicio Divino en Calgary (Canadá) hubo presentes solo 230 hermanos y hermanas, más de 13.500 estuvieron conectados por Internet.

Fotos: INA Canadá



1 Juan 1:3

Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.

Mis amados hermanos y hermanas, creo que muchos de nosotros estamos muy agradecidos a nuestro Padre celestial por poder celebrar y vivir este Servicio Divino juntos aquí, en Calgary, y que tantos hermanos y hermanas de Norteamérica puedan unirse a nosotros. Le agradecemos que haya escuchado nuestras oraciones y que podamos reunirnos para recibir el mensaje de Dios manifestado a través del Espíritu Santo.

El primer mensaje del Espíritu Santo es: Dios no se olvida de nadie. Me gustaría dirigir este mensaje especialmente a aquellos que están en necesidad y angustia. Hay muchos que están pasando por uno de esos momentos. Ahora mismo, todo gira en torno al covid. Pero al mismo tiempo la vida cotidiana continúa. Muchos hermanos y hermanas tienen que vivir con enfermedades, otros están de duelo, otros tienen problemas en el trabajo, en la familia, en la pareja

o tienen problemas económicos. Tal vez alguno entonces piense que ha sido olvidado, porque todo se trata de covid. Nadie es olvidado por Dios. Él conoce tus pensamientos, conoce tu problema, comparte tu dolor. ¡Confía en Él! Él te ayudará.

Pero también quiero dirigir este mensaje a aquellos que están en el lado soleado de la vida, que experimentan muchas cosas hermosas, que son felices, que experimentan la bendición y la presencia de Dios. Tal vez se sientan mal porque les va tan bien. ¡No necesitan ponerse mal! Jesús comparte tu alegría. Alégrate por la bendición que Dios te ha concedido y agradece por ella. Nuestro Padre celestial no olvida a nadie.

Incluso en este momento tan difícil y especial, nada ha cambiado para nosotros en nuestras prioridades, en lo que es el centro de nuestra vida. Estemos preparados para el retorno de Cristo. Por eso estamos hoy aquí. Por eso creemos en Cristo. Queremos tener comunión eterna con Dios. Queremos participar en la comunión de Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Queremos vivir junto a Cristo en su reino por toda la eternidad. Esa es la razón de ser, el sentido de la fe cristiana. No se trata de ser feliz en la tierra, tener éxito, o de no tener problemas, ser rico, lo que sea. Un cristiano tiene el gran deseo de tener comunión eterna con Cristo. De lo contrario, Cristo habría muerto en vano. Queremos tener comunión con Dios en su reino. Queremos participar en la comunión de Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por eso tenemos este lema “Juntos en Cristo”. Este es el próximo paso en el plan de redención.

Aquí el autor de la primera epístola de Juan dice que solo se puede tener comunión con Dios si se tiene comunión con los Apóstoles. Hay una razón para ello: en aquella época, pasadas algunas décadas en la Iglesia primitiva había diferentes opiniones sobre la persona y la naturaleza de Jesucristo. Algunos tenían una idea, otros, otra. Se vio entonces que esto no podía ser así. Por eso el autor dice en esta epístola que quien quiera tener comunión con Jesucristo debe tener comunión con el apostolado, debe creer en la enseñanza de los Apóstoles, debe creer en el testimonio de los que vieron y oyeron a Jesucristo cuando estuvo en la tierra.

Por lo tanto, no estamos hablando de la enseñanza de los Apóstoles nuevoapostólicos. Estamos hablando de la enseñanza de los Apóstoles en el sentido bíblico. Estamos hablando del testimonio de aquellos que vieron y oyeron a Jesucristo cuando estaba en la tierra, que recibieron el en-

cargo de enseñar a otros lo que Jesús les había enseñado. No se puede tener comunión con Cristo si no se cree en la enseñanza, en el testimonio de los Apóstoles tal como está escrito en el Nuevo Testamento.

Jesucristo advirtió que habrá muchas personas que dirán: “Mirad, aquí está el Cristo; o, mirad allí está” (Marcos 13:21). Hablaba de personas que dirían que son enviadas por Cristo, que realizan grandes milagros, que profetizan sobre Cristo, que expulsan demonios y que tendrían mucho éxito. Jesús pidió precaución, diciendo que no todos serán realmente enviados por Él (cf. Marcos 13:21-23; Mateo 7:22-23).

No es tarea de la Iglesia Nueva Apostólica clasificar a las diferentes Iglesias y decir cuál es una Iglesia buena y cuál es una Iglesia mala. Eso no es asunto nuestro. La tarea del apostolado hoy en día es anunciar las enseñanzas de Jesucristo

Nadie es olvidado por nuestro Padre celestial.

tal y como las informan los Apóstoles en la Sagrada Escritura. Cualquiera puede hacer y predicar lo que quiera, pero nuestra tarea es prepararnos para poder entrar en el reino de Dios, para tener comunión con Cristo. Para ello debemos creer en la enseñanza de los Apóstoles, en el testimonio de los que estuvieron con Él en la tierra. ¿Qué han

dicho? ¿Qué informaron? ¿Qué dijo Jesús sobre sí mismo? Permítanme enumerar cinco puntos.

El primer punto: Jesús dijo que todas las Escrituras –es decir, para nosotros hoy es el Antiguo Testamento– hablaban de Él (cf. Juan 5:39; Lucas 24:44). A los ojos de Jesús, el Antiguo Testamento anunciaba su venida. Esto significa que forma parte de la enseñanza de los Apóstoles que el Antiguo Testamento debe entenderse e interpretarse a partir de Jesucristo. Lo que es relevante en el Antiguo Testamento para nuestra salvación es lo que tiene que ver con Jesucristo. No se puede tomar una frase de una sección del Antiguo Testamento y decir: “Esto es para nosotros hoy”. Lo que es relevante para nosotros, para nuestra salvación en el Antiguo Testamento tiene que ser entendido a la luz del Evangelio, basado en las palabras y hechos de Jesucristo. ¡Esto es algo muy importante!

Jesucristo también dijo que no había venido, no había sido enviado por el Padre para castigar a los pecadores. Al contrario, ¡fue enviado para salvar a los pecadores! Juan el Bautista lo entendió mal; también los discípulos. Pensaron que era necesario castigar. Pensad en Pedro: quiso castigar y cortar la oreja al siervo del sumo sacerdote que quiso arrestar a Jesús. Jesús lo rechazó (cf. Lucas 22:49-51). En otra



ocasión los discípulos quisieron enviar fuego del cielo para castigar a los pecadores. Esto también lo rechazó (cf. Lucas 9:51-56). No había venido a castigar a los pecadores, sino a salvarlos. La enseñanza de los Apóstoles nos dice que ningún ser humano es enviado por Jesucristo para castigar a los pecadores en su nombre. Nadie puede reclamar eso para sí mismo. Jesucristo es el Salvador. Por supuesto, la sociedad tiene que establecer normas y castigar a los delincuentes. Jesús no contradice esto. Él respetó las normas sociales de su tiempo. Pero no se debe castigar a nadie en nombre y representación de Jesucristo. Eso no se corresponde con su enseñanza.

Jesús también dijo que su reino no es de este mundo (cf. Juan 18:36). Quería expresar que no había venido a la tierra para resolver todos los problemas terrenales de la gente, que no había venido para querer convertirse en su rey, para gobernar su país. El pueblo judío se sintió decepcionado por ello, porque esperaban que los liberase de los romanos y resolviera todos sus problemas. Querían que hiciera ricos a los pobres y curara a los enfermos. Jesús lo rechazó. Su reino no es de este mundo, no vino para hacer un nuevo catálogo de pecados y reglas. Solo dijo: “Ama a Dios y ama a tu prójimo” (cf. Lucas 10:27).

No estaba de acuerdo con los fariseos y su larga lista de reglas y leyes. Jesús no había venido a gobernar el mundo.

Jesús venció el mal y quiere compartir su victoria con nosotros.

El Evangelio no es una lista de soluciones sugeridas para los problemas terrenales de la gente. Si tenemos problemas, es porque el mundo está bajo el dominio del mal. Ningún ser humano puede resolver este problema. Solo hay un Salvador y es Jesucristo. Quiere resolver este problema liberándonos del mal. Quiere llevarnos a su reino, posteriormente a la nueva creación, donde no habrá lugar para el mal, ni para el sufrimiento ni para la muerte. Este es el enfoque de Jesucristo para encontrar la solución. Nos dice lo que tenemos que hacer para salvarnos y entrar en su reino, donde ya no hay problemas ni existe el mal. Esta es la enseñanza de Jesucristo.

También es la enseñanza de Cristo que el Hijo de Dios vino a la tierra, fue hombre verdadero y como tal venció el mal y la muerte. Al hacerlo, adquirió un gran mérito que ningún otro hombre puede adquirir, porque hizo lo que ningún otro lo puede hacer. Venció el mal y la muerte al cien por cien (cf. Filipenses 2:5-8). Y quiere compartir su mérito con nosotros, quiere compartir su victoria porque sabe que nosotros solos no somos capaces de hacerlo. Solo necesitamos creer en Él, confiar en Él y estar en comunión con su naturaleza. Pablo añade que debemos compartir su padecimiento (cf. Filipenses 3:10). Jesús no vino a la tierra para librarnos de todos los problemas, quiere que permanezcamos firmes y fieles ante la adversidad, también quiere que estemos en comunión con su padecimiento.



Durante el Servicio Divino, un coro deleitó a los concurrentes

ben tener comunión unos con otros. No se puede tener comunión con Dios y amar a Dios, si no nos amamos unos a otros. Es algo inseparable. Si queremos estar juntos con Cristo, tenemos que estar juntos en Cristo. Jesús lo dejó muy en claro. Declaró su solidaridad con todos los creyentes cuando dijo: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mateo 25:40).

Para tener comunión con Jesucristo, debemos compartir sus sentimientos, sus pensamientos. El Hijo de Dios –y Él es Dios– vivió en la gloria de Dios en el cielo donde todo es perfecto, santo y maravilloso. Dejó esa gloria para venir a la tierra y compartir las condiciones de vida de los seres humanos. Compartió su alegría, su sufrimiento. Su vida. Incluso aceptó la muerte, porque los seres humanos tienen que morir. Para salvarnos, dejó su gloria para mostrar su solidaridad y ser lo que somos: seres humanos. Cuando llevamos este amor de Jesucristo en nuestro corazón, ¿qué sucede? Entonces nos interesamos por la condición de nuestro prójimo. Estamos dispuestos a salir de nuestra zona de confort y ayudar cuando vemos que nuestro prójimo está sufriendo, que necesita algo. Esto no es cómodo. Es más fácil ignorar al que sufre. A menudo me parece que el sufrimiento es contagioso, porque en cuanto alguien es desdichado, los demás hacen todo lo posible por evitarlo. Pero no tiene nada de contagioso. Salgamos de nuestra zona de confort para estar al lado de nuestro prójimo, para compartir su dolor y su sufrimiento, para consolarlo y ayudarlo. La gran petición de Jesús para los suyos fue que fueran uno, como el Padre y Él son uno (cf. Juan 17:20-21). Jesús sabía que no era posible participar en la comunión del Padre y del Hijo si no tenían comunión con los demás en el círculo de los discípulos. Los exhortó a ayudarse mutuamente: “En cuanto lo hacéis a él, lo hacéis conmigo”. Así que, de nuevo, si queremos tener comunión con Cristo, debemos tener comunión unos con otros, en Cristo.

Para ayudarnos a hacerlo, para permitirnos tener comunión con Dios y comunión entre nosotros, Dios envió a los Apóstoles. A través del apostolado recibimos todo lo que necesitamos para llegar a ser uno con Dios y uno con los demás. No se trata de la persona, sino del ministerio. Lo primero que nos ayuda a ser uno es la enseñanza de los Apóstoles. Y ahora hablo de los Apóstoles que viven hoy. Estoy muy agradecido de que tengamos una sola doctrina en la Iglesia Nueva Apostólica. Tenemos una fe común, una Confesión de fe, un Catecismo. Qué triste sería si antes de escuchar a un Apóstol tuviéramos que comprobar de qué

Es decir, cuando sufrimos, debemos hacerlo de la misma manera que Él sufrió. Incluso en el sufrimiento debemos amar a Dios, confiar en Él, permanecer obedientes y fieles hasta el final. Esa es la comunión con su padecimiento. Esta es la enseñanza de Jesucristo.

El último punto que me gustaría enumerar: Él dijo lo que tenemos que hacer para entrar en su reino. Y esto no es una invención de la Iglesia Nueva Apostólica. Dijo que hay que nacer de nuevo de agua y del Espíritu Santo para entrar en su reino (cf. Juan 3:3). Hay que recibir la vida de Dios para tener comunión con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. También dijo que quien quisiera obtener la vida eterna debía comer su carne y beber su sangre (cf. Juan 6:54-56). Por lo tanto, debemos festejar la Santa Cena. Quien quiera alcanzar la vida eterna debe recibir los Sacramentos. Amados hermanos y hermanas, este es un breve resumen de la enseñanza de los Apóstoles. El Antiguo Testamento siempre es relevante cuando lo relacionamos con la enseñanza de Jesucristo y lo entendemos a partir de sus palabras y hechos. Jesucristo no vino a castigar sino a salvar. No vino a resolver todos los problemas terrenales ni a gobernar la sociedad. Vino a liberarnos del mal y a conducirnos a su reino. Venció el mal y quiere compartir su victoria con nosotros. Lo único que tenemos que hacer es confiar en Él, compartir su amor, creer en Él y permanecer fieles a Él, también cuando sufrimos, y tenemos que recibir los Sacramentos.

La primera epístola de Juan continúa diciendo que los que quieren tener comunión con Jesucristo y con el Padre de-

lado está, qué interpretación de la Escritura y del Evangelio sigue. En nuestra Iglesia es muy sencillo. Tenemos una Confesión de fe, una doctrina, un Maestro, un Catecismo y una meta. Si somos uno con la enseñanza de los Apóstoles, es fácil ser uno con los demás. Cuando cada predicador y cada creyente tiene su propia interpretación de las Escrituras, se hace imposible la unidad. Pero donde obra el Espíritu Santo, trabaja por la unidad.

Los Apóstoles también nos anuncian el perdón de los pecados. Cuando el Apóstol o el Pastor autorizado por él anuncia: “vuestros pecados son perdonados”, entonces podemos estar seguros de la gracia de Jesús. Sin el perdón, nosotros, como pecadores, no podemos tener comunión con Dios, no podemos entrar en su reino. Debemos ser limpiados por el perdón de los pecados.

A través de los Apóstoles recibimos los Sacramentos del Santo Bautismo y del Santo Sellamiento y con ellos la vida divina. ¿Cómo podríamos tener comunión con Dios si no tuviéramos vida divina en nuestro interior? La nueva criatura en Jesucristo –y solo ella– puede entrar en el reino de Dios. Debemos convertirnos en la nueva criatura para tener comunión eterna con Dios, y esto se dispensa a través de los Apóstoles enviados por Jesucristo: “¡Bautizadlos!” (Mateo 28:19). A través de los Apóstoles recibimos el don del Espíritu Santo.

El último punto. Allí donde obra el Espíritu Santo a través del apostolado, podemos celebrar la Santa Cena y recibir en ella lo necesario para nuestra salvación: el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Recordad: “Si no comiereis mi carne...” A través del apostolado recibimos el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Cuando la comunidad festeja la Santa Cena, están presentes el cuerpo y la sangre de Jesús. Jesús no solo está presente en Espíritu o en nuestra memoria. No, está realmente presente, en carne y sangre. No es solo una idea, no es solo un concepto o una inspiración. No; cuando festejamos la Santa Cena en el círculo de los Apóstoles, podemos estar seguros de que Jesús en ese momento está presente en carne y sangre. Está realmente aquí, está con nosotros, está de nuestro lado. Podemos experimentarlo. Ya no está en el reino de los muertos, vive y está aquí.

¿Qué ocurre cuando está presente? ¿Qué ocurrió cuando Jesús estaba con sus discípulos? No les permitió juzgar a los demás. Esa no era su tarea. No les permitió discutir entre ellos. Muchos problemas se resolvieron solo porque Jesús estaba allí. Cuando festejamos la Santa Cena, Jesús está aquí. Por Él, por su carne y su sangre, recibimos su naturaleza. Él alimenta a la nueva criatura y podemos crecer hasta estar preparados para entrar en el reino de Dios.



La Santa Cena también nos ayuda a tener comunión unos con otros en Cristo. La Biblia dice que somos un solo cuerpo, porque todos participamos del mismo pan (cf. 1 Corintios 10:17). Cuando recibimos la Santa Cena, podemos ver que todos recibimos el mismo pan. Este pan es, por un lado, la palabra, la enseñanza de Jesucristo, y por otro, el cuerpo y la sangre de Jesús. Y todos recibimos lo mismo. Toda la comunidad puede ver que cada hijo de Dios, cada creyente, recibe la misma enseñanza y el mismo Sacramento, y que éste es eficaz para todos, independientemente de la persona y de la situación en que se encuentre. De hecho, las situaciones de vida individuales dentro de la comunidad pueden ser muy diferentes, pero cuando festejamos la Santa Cena, podemos ver que hay un solo pan. La meta es la misma para todos. Todos tenemos que recorrer el mismo camino y creer en él.

Vivimos en una época en la que se hace mucho hincapié en diferenciarse de los demás. A veces me parece que la gente incluso cultiva sus diferencias para demostrar: “No, no soy como tú. Tienes que respetarme. Soy diferente”. Eso también está bien. Tenemos que aceptar la diferencia de nuestro prójimo. No tenemos que discutir sobre eso. Pero nuestra meta no debería ser enfatizar e insistir en nuestras diferencias. ¡Un pan! Somos un solo cuerpo. Subrayemos lo que tenemos en común en Cristo. Nuestras diferencias no son importantes. Lo importante es que la solución es la misma para todos. El camino que tenemos que seguir es el mismo para todos. Así que, por favor, dejemos de cultivar nuestras diferencias. Sí, respetamos las diferencias de nuestro prójimo, pero, por favor, concentrémonos en lo que tenemos en común.

El Apóstol Mayor Schneider ordenó a cuatro nuevos Apóstoles para los EE. UU.: Lonnie Klein, Mark Feuerbach, John Schnabel y Brett Steinbrueck (de izq. a der.)



Cuando Jesús instituyó la Santa Cena, primero dio a los discípulos un poco de pan. Luego tomó una copa de vino, se la dio al primer discípulo y le dijo: “Bebed de ella todos” (Mateo 26:27). Era una sola copa, de modo que el primero tenía que dar la copa de vino al segundo, el segundo al tercero, y así sucesivamente, por tanto la copa debía recorrer todo el círculo de los discípulos. Jesús dijo: “... esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mateo 26:28). Es una hermosa imagen. Esta copa de vino, la sangre de Jesús, circula entre los discípulos como la sangre circula en el cuerpo. Una sangre, un cuerpo. Claro, por razones prácticas hoy festejamos la Santa Cena con hostias, cada una de las cuales contiene el vino, pero su significado permanece. Cuando festejamos la Santa Cena, la sangre de Jesús fluye en la comunidad, en la que debe circular. Somos conscientes de que todos necesitamos ser limpiados por la sangre de Jesucristo, de lo contrario no tendremos redención ni salvación. Necesitamos el perdón de los pecados. Somos totalmente dependientes de él. Todas las partes del cuerpo dependen de la circulación de la sangre. Pablo dijo: “Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No te necesito” (1 Corintios 12:21). Este es un hermoso cuadro para la comunidad, para la Iglesia, para la unidad de la Iglesia, para la unidad de los creyentes. Todos dependemos totalmente de la sangre de Jesucristo. Esto nos ayuda a ser uno y esto es lo que podemos experimentar cuando el Espíritu Santo obra a través del apostolado.

El último punto sobre la Santa Cena: cuando la festejamos, es un anticipo de la gran Santa Cena que celebraremos en el cielo en comunión con nuestro Señor Jesucristo. Nos recuerda que todos tenemos el mismo futuro y ese futuro

será nuestra alegría. Sea cual sea la situación en la que nos encontremos, tenemos la misma meta y, cuando festejamos la Santa Cena, decimos todos juntos: “Pase lo que pase, Él vendrá otra vez”. Esa es nuestra convicción. Las personas y los demonios pueden hacer lo que quieran. Nadie puede impedir que Jesús venga otra vez. Entonces queremos entrar en su reino con Él.

Mis amados hermanos y hermanas, “Juntos en Cristo” es nuestro lema para este año. Nuestra meta es tener comunión con Cristo por toda la eternidad. Para ello debemos creer en la enseñanza de los Apóstoles tal como está escrita en la Biblia. Vemos a Jesús como lo describieron los Apóstoles bíblicos. Para tener comunión con Jesús, debemos tener comunión entre nosotros. Ambas, la comunión con Dios y la comunión unos con otros, son posibles porque recibimos todo lo que necesitamos por obra del Espíritu Santo, a través de los Apóstoles enviados por Él. Ese es nuestro tesoro. Esa es nuestra fe. Estamos agradecidos a nuestro Padre celestial por su gracia.

PENSAMIENTOS CENTRALES

Nuestra meta es la comunión con Dios. Por eso, seguimos fieles a la enseñanza de los Apóstoles y contribuimos a la unidad de los creyentes. El festejo conjunto de la Santa Cena fortalece nuestra comunión con Dios y entre nosotros.

El ministerio (13): Autoridad con límites

Escogido e instituido. El portador de ministerio ordenado está provisto de la legitimación para obrar y hablar en el nombre de Dios. Pero estas autoridades distan mucho de ser ilimitadas.



La Iglesia Nueva Apostólica siempre entiende el ministerio a partir de la **autoridad ministerial**. Y la autoridad ministerial, como dice la definición general, es la "legitimación basada en Jesucristo y transmitida por el Apóstol en la ordenación con la potencia del Espíritu Santo para **obrar y hablar en el nombre del trino Dios**".

No más que una participación

La base es la fe de que Jesucristo es enviado por Dios y está provisto de autoridades, que el apostolado tiene participación en la autoridad de Jesucristo y también puede transmitir autoridades a otros portadores de ministerio.

Aquí ya se evidencia la primera limitación: la autoridad del portador de ministerio siempre está relacionada con quien se la transmitió. Nunca puede ser mayor que la autoridad de quien se la transmitió. Este poder tampoco es un Sacramento, el cual no se podría revertir. La autoridad puede ser transmitida y también puede volver a ser retirada.

La legitimación para hablar y obrar en el nombre de Dios comprende diferentes tipos de autoridades: para el **anuncio de la palabra**, para la **administración de los Sacramentos**, para el **perdón de los pecados** y para la **dispensación de bendición**. La medida diferente de participación en esas autoridades ha sido el fundamento de la estructura ministerial de la Iglesia Nueva Apostólica.

La Biblia es el parámetro

El **Diácono** recibe en la ordenación las autoridades para el debido anuncio de la palabra y para la dispensación de la bendición trinitaria, es decir, en el nombre del trino Dios. La primera comprende la **prédica del Evangelio** en el Servicio Divino y la **transmisión de la palabra de Dios en la visita de asistencia espiritual**. Y la segunda permite la realización de un Servicio Divino de palabras con la **invocación del trino Dios** al comienzo y la **bendición trinitaria** al final.

El término técnico "debido anuncio de la palabra" muestra otra limitación de las autoridades ministeriales. Pues es "debido" solo cuando se basa en la palabra de Jesucristo, la cual es testificada en el Nuevo Testamento. La prédica de los Apóstoles y todos los demás portadores de ministerio debe coincidir permanentemente con la Sagrada Escritura. Se deben transmitir todos los aspectos fundamentales del Evangelio. Entre ellos están ante todo la muerte, la resurrección y el retorno del Señor.

Fuerza y efecto

La autoridades del Diácono también son transmitidos al **Pastor**. Sin embargo, aquí la dispensación de bendición también se extiende a **actos de bendición** como Confirmaciones y casamientos. Recibe, asimismo, las autoridades para la administración de los Sacramentos y para el perdón de los pecados. La primera comprende la **Santa Cena** y el **Santo Bautismo con Agua** con consagración de los elementos pan y vino, o bien el agua, así como la dispensación del Sacramento en sí. Y la segunda permite el anuncio de la Absolución por encargo del Apóstol y en el nombre de Jesucristo. Pues solo Dios puede perdonar los pecados.

El Catecismo muestra en el ejemplo de la Santa Cena lo importante que es la autoridad: "Una Santa Cena plenamente valedera, es decir, la verdadera presencia de cuerpo y sangre de Cristo, tiene lugar cuando está sustentada en el poder del Espíritu Santo y la consagración de los elementos de la Santa Cena se realiza en virtud del poder concedido por los Apóstoles" (Catecismo INA 3.5.5.2).

Ni siempre ni en todas partes

Todas estas autoridades también las recibe el **Apóstol** en su ordenación. La administración de los Sacramentos no se extiende solo a los vivientes, sino también a los muertos. Se agrega la autoridad para la realización del **Santo Sellamiento**, es decir, para la dispensación del don del Espíritu Santo. Y después todavía está la autoridad para transmitir autoridad, para la **ordenación**, con la que el Apóstol transmite lo que él mismo ha recibido.

Pero también aquí hay limitaciones, puesto que un portador de ministerio no puede ejercer sus autoridades siempre ni en todas partes. ¿Por qué? De esto se ocupará el próximo artículo de esta serie.

Las fuentes de este artículo son el Catecismo de la Iglesia Nueva Apostólica (versión larga y preguntas y respuestas), un comentario complementario al capítulo 7, las ediciones especiales de los Pensamientos Guías 03/2017, 04/2017 y 02/2019, así como los materiales de capacitación para las reuniones de introducción / Foto: antic - stock.adobe.com

Foto: antic - stock.adobe.com

INFORMACIÓN DEL ARTÍCULO

Autor: Andreas Rother
Fecha: 02.12.2019
Palabras claves: ministerio